

VLADÍMIR SOLOVIOV

TEOHUMANIDAD

Conferencias
sobre filosofía de la religión

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2006

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© de la traducción: Manuel Abella
sobre el original ruso *Chtenija o Bogochelovechestve*

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2006
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tel.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
e-mail: ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1609-5
Depósito legal: S. 283-2006
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2006

CONTENIDO

PRESENTACIÓN, por Manuel Abella	9
---------------------------------------	---

TEOHUMANIDAD

Conferencia primera	17
Conferencia segunda	31
Conferencia tercera	45
Conferencia cuarta	69
Conferencia quinta	81
Conferencia sexta	103
Conferencia séptima	129
Conferencia octava	147
Conferencia novena	157
Conferencia décima	173
Conferencias undécima y duodécima	195

APÉNDICE. Programa de las conferencias dictadas por V. S. Soloviov	217
---	-----

CONFERENCIA PRIMERA

Voy a hablar de las verdades de la religión positiva –de asuntos, pues, muy alejados y muy extraños a la conciencia contemporánea, a los intereses de la civilización contemporánea. Pero es que la civilización contemporánea se interesa por cosas que ni interesaron ayer ni interesarán mañana. Permítaseme, por tanto, preferir aquello que es igualmente importante en todo tiempo.

Por lo demás, no voy a entrar a polemizar con quienes, en la época actual, mantienen una actitud negativa hacia el principio religioso. Y digo que no voy a disputar con los adversarios contemporáneos de la religión porque tienen razón. Afirmo que quienes rechazan la religión hoy en día tienen razón porque el estado actual de la propia religión suscita rechazo; porque la religión, de hecho, no es lo que debería ser.

La religión, hablando de una manera general y abstracta, es el vínculo del hombre y el mundo con el principio incondicional y el punto medio de todo lo existente. Evidentemente, cuando se reconoce la existencia de un principio incondicional semejante, deben quedar determinados por él todos los intereses, todo el contenido de la vida y la conciencia humana; de él debe depender y a él debe remitirse todo lo esencial en aquello que el hombre hace, conoce y produce. Si se acepta un punto medio incondicional, todos los puntos que conforman el círculo vital deben unirse en él mediante recetas iguales. Sólo entonces hay unidad, integridad y armonía en la vida y la conciencia del hombre; sólo entonces todo su hacer y su padecer, en lo grande y lo pequeño de la vida, dejan de ser *fenómenos* carentes de finalidad y sentido para convertirse en *hechos* racionales, intrínsecamente necesarios. Es completamente indudable

que al principio religioso debe corresponderle tal significado central y omniabarcante, desde el momento mismo en que se le reconoce; y es también indudable que, de hecho, en la civilización contemporánea de la humanidad –incluyendo a aquellos que, en ella, reconocen un principio semejante–, la religión no posee este significado central y omniabarcante. En lugar de ser todo de todo, la religión se esconde en un pequeño y apartado rincón de nuestro mundo interior, aparece como uno más entre la multitud de intereses diversos que se reparten nuestra atención.

La religión contemporánea es una cosa bastante lamentable. La religión, entendida como principio rector, como centro de gravedad espiritual, no existe en modo alguno, y en su lugar hallamos la denominada religiosidad, un estado de ánimo particular, un gusto particular: unos gustan de ella, otros no, de la misma manera que hay quien ama la música y quien no.

En ausencia de un punto medio incondicional, surgen en nosotros tantos centros relativos, temporales, de la vida y la conciencia, cuantos son nuestros intereses y tendencias, gustos y aficiones, opiniones y puntos de vista.

Detenerse a examinar la falta –intelectual y moral– de armonía y principios que impera en nuestro tiempo –no sólo en la sociedad, sino también en la cabeza y el corazón de cada hombre concreto–, resultaría superfluo: es un asunto sobradamente conocido para cualquiera que alguna vez se haya dedicado a mirar dentro de sí y en torno a sí.

Esta ausencia de principio, esta falta de armonía, es un hecho indubitable, evidente. Pero también es un hecho indubitable y evidente que la humanidad no puede quedarse en esto, que está llamada a buscar un principio unitario y vinculante. Contemplamos, de hecho, cómo la civilización occidental contemporánea, que ha repudiado el principio religioso, porque en su forma actual resulta subjetivo e impotente, continúa no obstante afanándose por encontrar, fuera de la esfera religiosa, ciertos principios vinculantes para la vida y la conciencia, sigue afanándose por hallar algún sustituto a los dioses repudiados. Aunque, según la convicción dominante, todos los fines y principios de la existencia humana se re-

ducen a la realidad fáctica, a la existencia natural dada, y nuestra vida entera debe encerrarse en el «estrecho círculo de las impresiones auténticas», con todo, también en este estrecho círculo, la civilización contemporánea se afana por descubrir para la humanidad un principio organizativo unitario.

Esta tendencia a organizar la humanidad fuera de la esfera religiosa incondicional, a afianzarse y desarrollarse en el ámbito de los intereses temporales, finitos, es característica de toda la civilización contemporánea.

Tal tendencia se manifiesta en forma enteramente consecuyente, con plena conciencia e integridad, en dos movimientos contemporáneos, uno de los cuales –me refiero al *socialismo*– se aplica sobre todo a los intereses prácticos de la *vida* social, mientras que el otro –me refiero al *positivismo*– remite al ámbito teórico del *saber* científico.

Ni el socialismo ni el positivismo están, respecto de la religión, en una relación directa de afirmación o rechazo. Simplemente, se proponen ocupar el lugar vacío dejado por la religión en la vida y el saber de la humanidad civilizada contemporánea. Desde este punto de vista hay que valorarlos.

No tengo intención, en primer lugar, de ponerme a refutar el socialismo. Quienes hacen tal cosa son, por lo general, personas que temen su verdad. Nosotros, en cualquier caso, defendemos aquí principios para los cuales el socialismo no resulta temible. Podemos, por tanto, hablar libremente de *la verdad del socialismo*. Su verdad, su justificación es en primer lugar histórica, como consecuencia necesaria, como última palabra del previo desarrollo histórico de Occidente.

La Revolución francesa, que vino a poner claramente de manifiesto el rasgo esencial de la civilización occidental como civilización ajena a la religión, como esfuerzo por construir el edificio de la cultura universal, de organizar la humanidad sobre principios puramente mundanos, externos, la Revolución francesa, digo, proclamó como fundamento del orden social los derechos *del hombre* en lugar del anterior derecho divino. Estos *derechos* del hombre se reducen a dos fundamentales: *libertad* e *igualdad*, que deben re-

conciliarse mediante la *fraternidad*¹. La Gran Revolución proclamó, pues, la libertad, la igualdad y la fraternidad. Las proclamó, pero no las realizó. Con ello, estas tres palabras se quedaron en palabras vacías. El socialismo viene a ser un esfuerzo para realizar efectivamente estos tres principios. La Revolución implantó la libertad civil. Pero, con las desigualdades sociales existentes, la liberación respecto una clase dominante no es sino el sometimiento a otra. El poder de la monarquía y los señores feudales simplemente es sustituido por el poder del capital y la burguesía. La mera libertad no aporta nada a la gran mayoría del pueblo, si no hay igualdad. Esta última también fue proclamada por la Revolución. Pero en nuestro mundo, fundado en la lucha, en la competencia ilimitada entre individuos, la *igualdad de derechos* nada significa sin *igualdad de fuerzas*. El principio de igualdad, la igualdad de derechos, resultó efectivo sólo para quienes en el momento histórico concreto poseían la fuerza.

Pero la fuerza histórica pasa de unas manos a otras; y, de la misma forma que la clase de los propietarios, la burguesía, utilizó para su propio provecho el principio de igualdad (puesto que, en el momento histórico concreto, la fuerza estaba del lado de esta clase), también la clase de los que nada poseen, el proletariado, aspira naturalmente a hacer uso del principio de igualdad en su propio provecho, tan pronto como la fuerza caiga en sus manos.

El orden social debe sustentarse sobre algún fundamento positivo. Dicho fundamento, o bien posee carácter incondicional, sobrenatural y sobrehumano, o bien pertenece él mismo a la esfera condicionada de la naturaleza humana dada. La sociedad, por consiguiente, o se sustenta sobre la *voluntad divina*, o sobre la voluntad humana, la *voluntad popular*. Ante este dilema, no cabe replicar que el orden social puede quedar establecido por la fuerza del poder gubernativo, estatal, pues el propio poder estatal, el propio

1. Si se reconoce el significado supremo del hombre como tal, su autolegitimación, de aquí se sigue inmediatamente el reconocimiento de su *libertad*, puesto que nada puede tener poder sobre él, que es la fuente de todo poder. Y como la propiedad de ser hombre pertenece por igual a todas las personas, de aquí se sigue también la *igualdad*.